

## Realidades Actuales, procesos del pasado: la región andina desde una perspectiva histórico antropológica.

*Marco Giovannetti<sup>1</sup>*

Si se pretendiese realizar un análisis de cualquier aspecto macroestructural de una sociedad actual, ya sea desde una simple comunidad de campesinos hasta un Estado Nación, muchas son las perspectivas y los fenómenos que podrían abordarse. Una perspectiva sumamente importante para explicar los fenómenos actuales es el estudio del pasado y a través de éste, los procesos histórico sociales que llevaron a la constitución de la realidad presente. Países como Argentina están acostumbrados a colocar el punto cero de su historia sólo a partir de sucesos fundamentales que permitieron fundar las bases de la Nación. Apenas se tiene en cuenta el pasado colonial más allá del siglo XVII y menos aun el milenario pasado prehispánico de las sociedades que habitaron este suelo por más de diez mil años. En países andinos como Bolivia y Perú es imposible ocultar tal vínculo con ese pasado. El noventa por ciento de la sociedad boliviana se reconoce como indígena, descende de grupos indígenas o parte de sus ancestros eran indígenas. Existen alrededor de seis millones de personas que tienen como lengua madre el Quechua o el Aymara. Esta enorme masa de comunidades étnicas nos han demostrado en los últimos años que nunca desaparecieron. Quizás se encontraban en un estado de latencia cultural por fenómenos no muy diferentes a aquellos que sufrieran desde los primeros años de la conquista española en la primera mitad del siglo XVI: racismo, discriminación, violencia, subordinación, marginación entre muchos otros. Aunque no haya sido tan fuerte en Perú como en Bolivia, las voces indígenas comenzaron a hacerse oír nuevamente. Las últimas elecciones presidenciales bolivianas, precedidas por levantamientos populares que derrocaron un presidente y obligaron la salida prematura de otro, nos demuestran que la minoría blanca de origen europeo ha perdido gran parte de su poder acumulado durante siglos. El líder cocalero (cultivo de más de tres mil años de historia vinculada a las poblaciones andinas) Evo Morales no ha ocultado en ningún momento su origen indígena. Felipe Quispe, contrincante electoral de Morales y uno de los líderes principales de las revueltas de 2004 y 2005, surge desde el seno mismo de las comunidades étnicas y se erige como líder indígena logrando un apoyo altamente masivo.

Como señaláramos previamente, es impensable explicar el contexto reciente de revueltas y cambios radicales de una nación como Bolivia sin recurrir a los procesos gestados y estructurados en un pasado de más de quinientos años. Pero existe un problema muy grande al momento de abordar el estudio de la historia prehispánica de la región: los pueblos andinos no poseían escritura. Los únicos documentos escritos que aportan información sobre aquel período son los recopilados por los cronistas españoles que escucharon los relatos de historia oral de sus informantes indígenas. Más allá de esto sólo la arqueología aporta información confiable acerca de la historia previa. Es a partir de esta última disciplina que sabemos que previamente a la expansión incaica existían en la zona circum Titicaca los grandes Reinos o Señoríos Lupaka y Pukara, herederos culturales del gran desarrollo de los pueblos conocidos como Tiwanaku que alcanzaron su plenitud entre

---

<sup>1</sup> MARCO GIOVANNETTI, Antropólogo, Universidad Nacional de La Plata.

400 DC y el 800 DC. Incluso podemos remontarnos muchos siglos antes de la era cristiana y descubrir que gran parte del territorio andino fue la cuna de fenómenos altamente significativos en la historia de la humanidad. Sólo cinco regiones en el planeta pueden reconocerse como centros de emergencia y dispersión de la agricultura, fenómeno que fue el puntapié inicial de una complejidad social que constituiría los primeros Estados: la Mesopotamia del Oriente Medio, China, Egipto, Mesoamérica y los Andes centrales. La papa, el ají, muchos tipos de zapallos, el maíz, la quinoa y el maní por ejemplo son todos cultivos heredados de las primeras aldeas que comenzaron a experimentar, en algunos puntos de los andes, cambios en sus formas y elecciones de subsistencia por lo menos dos mil años antes de Jesucristo. Los Inkas representan la culminación de muchos procesos gestados durante largo tiempo dando lugar a uno de los estados más expandidos territorialmente de la historia de la humanidad. En algún punto del siglo XIII o XIV los Inkas avanzan y conquistan las tierras de los reinos Lupaka en Bolivia determinando un proceso que difícilmente se revertiría en los siglos siguientes. A partir de este momento la región de la actual Bolivia y sus pueblos se conformaron como zonas satélites y periféricas en relación al Cusco de Perú. Los Inkas no se detuvieron aquí llevando sus conquistas hasta tierras tan lejanas como la actual provincia de Mendoza en territorio argentino, toda la mitad norte del territorio chileno y por el norte de Sudamérica prácticamente toda la superficie del actual Ecuador.

Establecieron un sistema de organización social y del trabajo basado en las “prestaciones rotativas” y en el antiguo sistema de reciprocidad andina. El primero, la *mit'a*, establecía los turnos de trabajo comunal que todos los súbditos estaban obligados a cumplir como vasallos del estado. El segundo era un sistema basado en el consenso donde las demandas del estado eran negociadas con los líderes locales, luego de semanas donde se los agasajaba con todo tipo de presentes, atenciones y fiestas de canto y baile hasta acordar beneficios mutuos. De esta manera pudieron llevarse adelante las magníficas obras arquitectónicas y de ingeniería que caracterizaron a la expansión incaica. Podemos poner como ejemplo la construcción de ciudades y pueblos como es el caso de Machu Pichu en Perú o El Shincal en territorio catamarqueño, aproximadamente 30000 kilómetros de camino imperial o *Capacñam* que unía los puntos del imperio más australes de Chile y Argentina con el norte de Ecuador, puentes de piedra y colgantes, obras de ingeniería hidráulica como represas y canales y un desarrollo notable de la agricultura expandiendo el sistema de andenes sobre laderas hasta límites impensados previamente. Sin embargo el sistema de tributación establecía que los bienes de lujo como los objetos de metal (oro, plata y cobre) los textiles de mayor calidad entre otras cosas eran monopolizados por el estado y eran en muchos casos conducidos hacia el Cusco.

La conquista española obstruyó brutalmente el proceso incaico andino decapitando y reemplazando todos los estamentos jerárquicos de toma de decisión. Este proceso, al contrario de lo que comúnmente se postula, tuvo una larga duración de varios siglos a pesar de la aparente conquista relámpago de Pizarro sobre Atahualpa el soberano Inka en Cajamarca. Es cierto que las coyunturas históricas favorecieron mucho a los españoles, ya que la guerra civil entre la nobleza incaica permitió a Pizarro y sus huestes una rápida eliminación y control de las clases de elite jerárquica. Sin embargo la mayor parte de la nobleza incaica que logró escapar de las manos españolas consiguió refugiarse en Vilcashuamán, la segunda capital del

Tawantinsuyu al norte de Ecuador y desde allí organizan una resistencia que duró muchas décadas. El último soberano de la genealogía imperial Inka, Tupac Amaru I, fue muerto y desmembrado en la plaza del Cusco en 1572, más de 40 años después de la llegada de Pizarro. Su muerte sin embargo dio origen al mito del *Inkarrí* que postulaba que de la cabeza del Inka se regeneraría un nuevo cuerpo para luego surgir de la tierra y llevar a cabo la última gran rebelión en la que vencerían a los invasores españoles. La rebelión de Jesé Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, en 1780 se expandió por gran parte de los Andes comenzando en Bolivia y fue aplastada luego de que la corona española enviara 7000 soldados que desembarcaron en Buenos Aires en 1781. El trasfondo ideológico de este levantamiento que puso de rodillas incluso a las capitales más importantes del virreinato del Alto Perú seguía la misma línea de un pasado considerado glorioso -muchos autores coinciden en afirmar que se llevó a cabo a lo largo de los años cierta mitificación de aquel pasado de poderío y soberanía puramente aborígen- donde la forma de vida andina de reciprocidad, propiedad comunal de la tierra, adoración de los antepasados, dualidad y cuatripartición del mundo y el universo se desarrollaba sin contradicciones por la imposición de un sistema económico mercantilista y una religión fundamentada en la culpa de un pecado original y en la existencia de un único dios todopoderoso. A pesar de la ejecución espeluznante de Tupac Amaru II, lo descuartizan atando su cuerpo a cuatro caballos que tiraban en direcciones opuestas ejecutando a toda su familia primero para que pudiera presenciarlo, el sueño de restauración de una monarquía Incaica no desapareció del ideario colectivo de las poblaciones andinas reflejándose en rebeliones que alcanzaron el siglo XIX ya en los albores de las independencias nacionales. Tampoco hay que olvidar que la masiva participación de “indios y mestizos” dentro de las tropas independentistas fueron fundamentales para la victoria de las batallas más importantes o para la contención del avance realista como por ejemplo vemos en las huestes de Guemes y su guerra de guerrillas.

Concentrando nuestra atención nuevamente en Bolivia, no podemos dejar de reconocer que a pesar de haber participado plenamente de la mayor parte de las rebeliones restauradoras del pasado incaico, siempre se mantuvo como región periférica de los centros administrativos de Perú como Lima o El Callao. Más allá de Potosí, el gran centro minero de plata y de Charcas, ciudad que tenía el privilegio de contar con una Audiencia (los tribunales de justicia de la América Colonial) , el sistema monopólico español no permitía el desarrollo independiente de estos centros secundarios dado que el flujo de bienes y riquezas era unidireccional con escasos retornos hacia las colonias. Esta tendencia de centralización política y organizacional se mantuvo aún hasta los últimos momentos de la colonia española sobre América y sea quizás una de las razones de la gran diferencia entre el actual Perú y Bolivia desde el punto de vista de los fenómenos y alcances indígenas. Las grandes ciudades como Lima eran de las pocas de América que contaban con una proporción mayor de europeos que de indios o negros. En el resto de todos los poblados españoles se invertía este fenómeno. Esta particularidad sentó las bases para el desarrollo de una fuerte elite blanca que extendería sus lazos de prestigio y poder hasta la actualidad inclusive. Si bien en Bolivia un fenómeno similar puede reconocerse, nunca tuvo el alcance ni la solidez que alcanzaría en Perú y las masas indígenas siempre superaron ampliamente en número a los grupos de origen europeo. Estas mismas masas son las que hoy se resignifican, organizan y revelan contra el desarrollo de una desigualdad histórica que nunca les permitió ni reconoció sus legítimos derechos. La deuda con estas sociedades se acumula con el correr de los siglos y son ellos mismos los que

hoy nos dicen que nuestras nociones de desarrollo, modernidad y civilización poco les importan. Si pretendemos que estos conceptos lleguen de la mano de otros como igualdad, justicia y tolerancia debemos respetar todas las voces y todos los discursos, aún desde los rincones más remotos del planeta, que buscan un lugar dentro de un mundo cada vez más pequeño y que sólo reclaman que sus formas de vida, su cultura y sus tradiciones se respeten y no sean arrastrados en el torbellino de una globalización que muchas veces les impone y nos impone una sola forma de vivir en este planeta.